

CAPITULO II

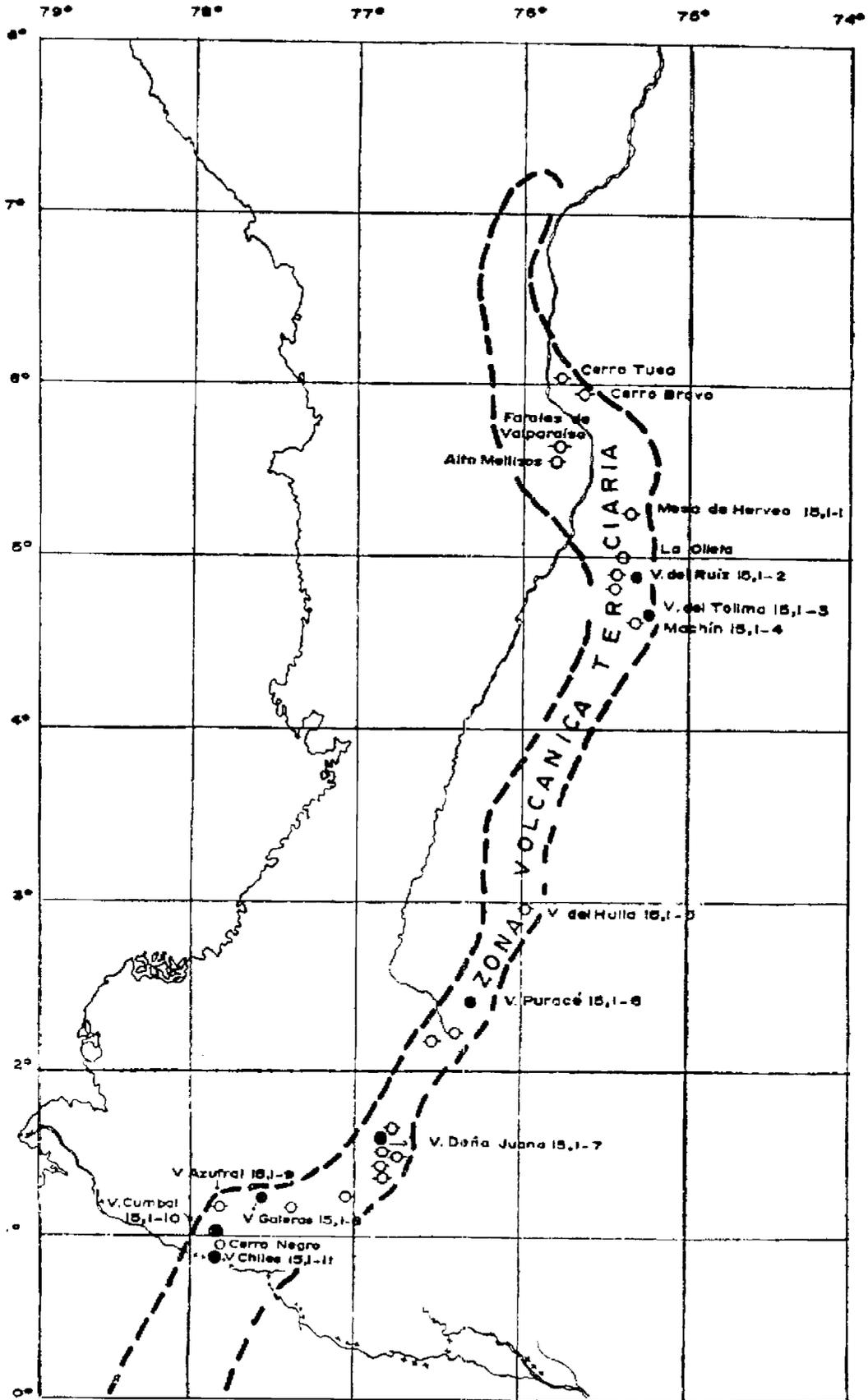
1.—Descripción de los volcanes

Los volcanes colombianos no han sido objeto de la curiosidad de los investigadores modernos, como son los volcanes de otras regiones del globo. Alejandro de Humboldt conectó, en Suramérica, los terremotos con las explosiones volcánicas aun a grandes distancias, y dedujo de la disposición lineal de las montañas de volcanes el que estos deberían estar situados sobre grietas de la corteza terrestre. La fascinación de los volcanes colombianos la experimentaron Wilhelm Reiss y Alphons Stuebel el siglo pasado, e Immanuel Friedlaender en el presente. Los dos primeros hicieron un estudio detenido de muchos de ellos, apagados y semiactivos, por los años de 1868 a 1870 y aún no se conoce otro trabajo igual o mejor sobre los volcanes colombianos. Este libro, ya agotado, ha permanecido inadvertido por no haber tenido una traducción del alemán al español.

Los volcanes colombianos se extienden de sur a norte, desde la frontera con el Ecuador latitud $0^{\circ}48'$ norte hasta 6° norte y a lo largo de una franja que coincide casi toda ella con la Cordillera Central. Un vistazo al mapa muestra, mejor y más rápidamente que las palabras, la situación de cada uno de los grupos de volcanes. No es fácil tratar de contarlos, porque a veces se duda si se trata de un volcán propiamente dicho o de un cráter adventicio. En total son unos 30, los que están delimitados en grupos bien dispuestos, pudiendo considerarse algunos grupos como correspondientes a un foco en la corteza terrestre. Sus nombres son variados, y de origen indio y español. Se suelen agrupar así:

Primer grupo: Los volcanes de la Cordillera Central al norte de Ibagué: Cerro de Tusa, Cerro Bravo, Alto Mellizos, Farallones de Valparaíso, Mesa de Herveo o Ruiz, La Olleta, Santa Rosa, El Cisne, Santa Isabel, Quindío, Tolima y el Machín.

ZONA VOLCANICA TERCIARIA



- Volcanes con Magma o Erupciones Freáticas
- Volcanes Apagados, sin Erupciones conocidas

Segundo grupo: Los volcanes de la parte media de la Cordillera Central entre los orígenes del Río Magdalena y la región de Popayán: Serranía de la Fragua, el Huila, la región volcánica de Silvia y del Río Coquiyó, el Puracé, el Pan de Azúcar y el Pico de Paletará en la Sierra de Coconucos y el Sotará.

Tercer Grupo: Los volcanes de la Cordillera Oriental, entre Popayán y Pasto: el Cerro de las Petacas, Doña Juana, el Cerro de las Animas, el Cerro Juanoi, y el Páramo de Tajumbina.

Cuarto grupo: Los volcanes alrededor de Pasto y Túquerres: el Galeras, el Morosurco, los dos Patascoi, el Bordoncillo, el cráter del Campanero, el Páramo del Frailejón y el Azufral.

Quinto grupo: Los volcanes vecinos al Ecuador: el Cumbal, la Serranía de Colimba, el Chiles, el Cerro de Mayasquer.

El paisaje de los nevados adquiere un encanto particular, debido a los numerosos lagos o lagunas de origen volcánico, en forma de pequeños mares de cientos de metros de diámetro, y lagunas en los cráteres con aguas de típico color amarillo verdoso.

Los actuales volcanes colombianos están colocados sobre una base de rocas plutónicas, que proceden de erupciones terciarias de hace millones de años, y se pueden considerar como fogones relativamente superficiales de la corteza terrestre. Se encuentran todos ellos en la zona superior de la tierra fría, con la consiguiente vegetación de páramo. El interés de estos volcanes está pasando ya del desarrollo histórico de las erupciones a la composición mecánica eruptiva y relación entre la estructura geotectónica, historia de la tierra, etc.

Espesas capas de terreno, cubiertas por cenizas ligeras y arenas volcánicas, ofrecen hoy, aun más allá de las faldas, tierras fáciles de labrantío apropiadas para el cultivo del café en las tierras templadas y de cereales en las tierras frías.

Casi todos los volcanes tienen su aspecto propio:

El Tolima (Lat. 4° 39' N. Long. 75° 22' W.) es un cono trun-

cado que mide unos 5.525 metros de altura, con nieve perpetua desde los 4.700 metros, y con algunas fumarolas en los flancos meridionales.

El cono del volcán está compuesto de capas de lava y de rocas andesíticas y dacíticas. El 21 de diciembre de 1941 el autor de estas líneas, con otros 4 compañeros, coronó la cima del Tolima a las 12:30 del día, y su cráter estaba cubierto de un manto de nieve que forma un plano inclinado, levantado en el extremo norte.

Posteriormente otra expedición en la que tomó parte el Sr. Stephen D. Ingham, coronó la cima y tomó fotografías de un cráter en ella que despedía fuertes emanaciones de azufre...

A unos 13 kilómetros del volcán Tolima hacia el suroeste se destaca el volcán del Machín, con algunas sulfataras y sublimación de azufre. Tiene una vieja caldera de unos 3 kms. de diámetro de la cual sólo queda la muralla de la parte norte.

El Ruiz (Lat. 4° 33' N. Long. 75° 22' W.) tiene un aspecto de meseta con un cráter profundo en su parte noroeste de donde se desprenden gases a presión y ruidos como de una verdadera locomotora. En el flanco suroeste tiene el cono parásito de La Olleta, compuesto de cenizas, arenas y lapilli, con un cráter de unos 40 metros de profundidad.

Existen dos cuadros impresionantes de gigantes inundaciones de lodo y cenizas, acompañados de fuego y quizá de temblores, ocurridos en las vertientes orientales de la Cordillera Central de Colombia. No hay duda de que las dos catástrofes se deben directamente al volcán o nevado del Ruiz, aunque Humboldt achaca la primera de ellas al Tolima. Así lo hace este autor, quizá basado en el cronista sevillano Cieza de León, que observó la erupción del 12 de marzo de 1595, a las 11 a.m., desde Cartago (50, p. 367). Regel (150, p. 25) dice que el causante de esta catástrofe debió ser el Ruiz, porque en las faldas del Tolima no se han visto recientes señales de lava y su actividad no ha vuelto a revivir en los tiempos actuales.

Además, Fray Pedro Simón, que la describe con lujo de detalles, menciona los ríos Gualí y Lagunilla y atribuye la

catástrofe a un "cerro nevado", lo cual concuerda con la forma más bien de cerro y no de cono que tiene el Ruiz. Finalmente, el Sr. François D. Roulin refuta fuertemente la teoría de Humboldt, en carta escrita desde el Perú el 29 de mayo de 1831 (A. de Humboldt: "Fragments Asiatiques", París, 1831, p. 598).

2.—Historia de las erupciones volcánicas

Fray Pedro Simón describe así la violenta erupción del 12 de marzo de 1595:

"2º Entre esta ciudad y el poniente, a diez y seis leguas de distancia, a donde parte términos con la de Cartago por partes montuosas y partes rasas, está un volcán, el más notable de este reino, el cual es un cerro redondo nevado, altísimo, que de pocas partes del reino se deja de ver en tiempo sereno, por la nieve de que está cubierto toda la vida; por cuya cumbre, y entre aquella envejecida nieve, está siempre saliendo una pirámide de humo, que se ve algo encendida en las más oscuras noches. Los rastros de piedra pómez, azufre y arena menuda negra que hay a muchas leguas de sus contornos, en especial a la parte de esta ciudad de Mariquita hasta el Río Grande, dan claras muestras de haber en otros tiempos reventado este volcán por cumbre y sembrado todas estas cosas; pero la reventazón que con evidencia vieron y oyeron los de este reino fue a doce de marzo, domingo de Lázaro del año de mil quinientos noventa y cinco (1595), como a las once del día, cuando dio tres truenos sordos como de bombardas, tan grandes que se oyeron más de treinta leguas por toda su circunferencia, causados de haber reventado este cerro por bajo de la nieve por el lado que mira al este y nace este río Gualí. Abrió de boca más de media legua, en que quedó descubierta mucha piedra azufre, y debió sin duda hacerse la reventazón por el lado y faldas que siempre las tenía abiertas por muchas partes, a causa de que debe de tener fuego muy profundo, y la boca de la cumbre angosta, y poder por allí vomitar tanta maleza como arrojó en esta ocasión. En la parte por donde reventó ahora tienen su principio dos famosos ríos, el que hemos dicho de Gualí, vecino a esta ciudad, y otro mayor que él, a cinco leguas camino de la de Ibagué, que llaman el de la Lagunilla, ambos, como hemos dicho, de la nieve que se derrite de lo alto. Estos debieron de atajarse con la tierra que

arrojó la reventazón, y rebalsando algún tiempo sus corrientes, salieron después con tanto ímpetu, ayudado por ventura de nuevas fuentes que se abrieron en esta ocasión, que fue cosa de asombro sus crecientes, y el color del agua que traían, que más parecía que agua, masa de ceniza y tierra, con tan pestilencial olor de piedra azufre que no se podía tolerar de muy lejos. Abrasaba la tierra por donde se extendía el agua y no quedó pescado en ninguno de los dos que no muriese. Fue más notable esta creciente que en el río de Gualí, en el Lagunilla, cuya furia fue tal que desde donde desemboca por entre dos sierras para salir al llano arrojó por media legua muchos peñascos cuadrados, en que se echó de ver su furia más que si fueran redondos, y entre ellos uno mayor que un cuarto de casa. Ensanchóse por la sabana más de media legua de distancia por una parte y otra, mudando por la una de nuevo la madre, y anegando la inundación todo el ganado vacuno que pudo antecoger en cuatro o cinco leguas, que fue así extendido hasta entrar en el de la Magdalena, abrasando de tal manera las tierras por donde iba pasando, que hasta hoy no han vuelto a rebrotar sino cual y cual espartillo. No se sabe haber hecho otros daños" (172, pp. 127-128).

Un fenómeno semejante aconteció el 19 de febrero de 1845, y consistió en un torrente de lodo, que se desprendió del volcán del Ruiz, y que dividido en dos brazos seguía por los valles de Lagunilla y Santo Domingo, destruyendo haciendas y regando bloques de hielo, masas de lodo, troncos de árboles y piedras, hasta el río Magdalena, cerca de la ciudad de Ambalema. Desde entonces para acá no se ha notado más actividad en este volcán, que las fuertes fumarolas de su gran cráter. (Véase fotografía).

Esta inundación la describe Joaquín Acosta (2, pp. 709-710) (3, pp. 489-496) y la repite Humboldt en varias ocasiones. Pero bastará, para darse una idea de lo que fue la catástrofe, recurrir a las bellas plumas de José Manuel Restrepo y Gustavo Arboleda. El primero dice:

"El 19 del corriente, a las 7 de la mañana, ha ocurrido una catástrofe lamentable en el río Lagunilla, que corre del Poniente al este y desemboca en el río Magdalena. En dicha hora se oyó un gran ruido en la vega del río, y se sintió como un temblor de tierra. En breve apareció una inmensa inundación

de lodo que cubrió y arrastró los bosques, las casas y los desgraciados habitantes-que no huyeron: unos quedaron sepultados y algunos pocos se acogieron a los árboles que resistieron la fuerza del torrente.

Pocos de estos se pudieron salvar y los demás perecieron de hambre y de sed, pues ninguno les podía socorrer. Han muerto como 1.000 habitantes de la parte alta del valle de Lagunilla, y de 4 a 6 leguas cuadradas quedaron cubiertas de piedras, cascajo, arena y lodo de tierra no vegetal. Entre esto había grandes masas de nieve. La capa de lodo era de cinco pies de espesor en lo más bajo.

Luego que aquel torrente salió de la estrechura de la cordillera, donde subía a 200 varas de altura, se dividió en dos corrientes. La una siguió el curso del antiguo cauce del Lagunilla hacia el Magdalena, y la otra invadió el valle de la quebrada de Santo Domingo arrastrando los bosques, lo mismo que si fueran de paja. Precipitóse en el río Sabandija, y los árboles, lodo y piedras le formaron una fuerte represa que amenazaba inundar todo aquel valle; felizmente una fuerte lluvia que cayera por la noche hizo crecer los tributarios del Sabandija y sus aguas rompieron la tapia que cerraba el curso del río.

Aún se ignora cuál fue la causa de este desastre. La opinión más probable es que una gran parte del nevado del Ruiz, de donde nace el Lagunilla, se derrumbó con la nieve y tapó el curso de las aguas; aumentadas estas con el deshielo de la nieve rompieron la tapa, arrastrando cuanto encontraron al paso y mezclando mucha nieve que aún no se había disuelto. Creen otros que acaso el Ruiz, que es un volcán, hizo alguna erupción de lodo, lo que prueban con el hecho de que aun el mismo río Magdalena tuvo sus aguas hediondas a azufre. Se ensuciaron tanto que no se podían beber, y los peces, medio muertos, huían a las orillas. El nevado del Ruiz está como a 10 leguas y todavía no han ido a registrar aquellos lugares para saber la causa de tamaña desgracia. El terreno cubierto era muy fértil y con sementeras de tabacos. Si las tierras quedan estériles, la pérdida se calcula en 500.000 pesos" (158, T. III, pp. 405-406).

Arboleda la comenta Así:

“Al terminar la administración Herrán ocurrió una gran desgracia en la provincia de Mariquita, por una formidable creciente del río Lagunilla, que ocasionó muchas pérdidas de vidas y de intereses materiales. El 18 de enero hubo una gran erupción del Ruiz, que produjo un derrumbe desde la cima del nevado, que trajo en su caída toda la nieve que lo cubría, la cual fue a dar al arroyo del Chispeadero, afluente del mencionado río. En el lugar por donde este sale de la cordillera a la explanada, alcanzaron las aguas una altura como de ciento sesenta pies sobre el nivel ordinario de ellas y se explayaron al llegar a la llanura, que en una extensión de seis leguas convirtióse en inmenso arenal; las casas y caneyes fueron arrastrados y medio sepultados y los pocos árboles que quedaron embarrados hasta su copa, demostraban la inmensidad de la avenida. Hubo como cuatrocientas personas muertas; familias enteras perecieron sin librar un solo miembro de ellas; muchos individuos que escaparon por la casualidad vieron perecer a los suyos, resultando de repente solos en el mundo; una niña de dos años se salvó asida del brazo de su madre, que había perecido y estaba casi sepultada en el fango; otros evitaron la muerte en troncos de árboles de los que arrancó de cuajo la avenida y allí estuvieron alimentándose con cañas o plátanos que les arrimó la creciente, pasando algunos días entre ansias mortales. Por doquiera que, a raíz del cataclismo, iban los individuos que con el gobernador de la provincia se dirigieron a prestar auxilio, había miembros separados de las distintas personas que se extinguieron al golpe de los árboles que arrebató el empuje de las aguas. Se perdieron las plantaciones casi todas de tabaco, cerca de un millón de matas, y los ganados. Los capitales destruidos no bajan de medio millón de pesos” (24, T. II, pp. 225-226).

El Huila es el más gigantesco de los volcanes semiactivos de Colombia, con una altura de unos 5.750 metros ($2^{\circ} 35' N.$ $75^{\circ} 59' W.$). De este volcán no se conoce ninguna historia eruptiva. Queda entre los departamentos del Cauca y Huila. Sus flancos están cubiertos de cenizas y lapilli. Dentro de su enorme caldera tiene un doble cono cubierto de nieve. Sus rocas son andesitas y dacitas con augita.

Testigo tutelar de la vida ciudadana de Popayán, el volcán Puracé, es su viejo amigo y a veces su verdugo. Tranquilo

en su soledad parece dormir manso y humilde. Llegada su hora, vomita fuego, humo y cenizas, brama roncamente y provoca temblores de tierra. Su cima ya no está coronada de hielo y nieve como en otros tiempos.

Levanta su altura a unos 4.700 metros sobre el nivel del mar. (Lat. 2° 22' N. 76° 23' W.). El Puracé forma el pico más septentrional de una serie de crestas de la Cordillera Oriental, llamada Sierra de Coconucos. La pirámide truncada del Puracé está compuesta de lavas andesíticas oscuras, con grandes cantidades de tufas andesíticas, cenizas, bombas y grandes bloques de lava, que forman el cono piroclástico del volcán.

El cráter tiene un diámetro de 500 metros y sus lados interiores son amurallados. El volcán ha estado activo en frecuentes ocasiones y los detalles de su interior cambian frecuentemente. En 1868 contenía un lago verde, en 1924 un pequeño cono interior y en 1947 una gran chimenea de gases.

El famoso autor de "Memorias de un Abanderado", José María Espinosa, habla de una erupción del Puracé poco antes de la batalla de la Cuchilla del Tambo, que tuvo lugar el 29 de junio de 1816:

"Mi retirada de Río Blanco para Popayán me recuerda un incidente insignificante pero curioso: la víspera de marchar se oyó a media noche un ruido formidable como el de una batería de artillería; salí y pregunté al centinela qué era aquello, y me dijo que se había visto reventar por el aire una gran bomba de fuego, por el lado del Vesubio (el volcán de Puracé). Supuse lo que aquello era y me volví a dormir tranquilo; pero los nuestros en Popayán y los enemigos de la Cuchilla, se pusieron sobre las armas y pasaron toda la noche en expectativa" (60, p. 141).

En un manuscrito del archivo de la ciudad de Popayán se hace referencia a una erupción del Puracé de 12 de diciembre de 1816, y en él se relata cómo el Sr. Miguel Rodríguez, debido a las circunstancias lamentables en que nos "hallamos respecto a las convulsiones de temblores, que diariamente experimentamos", pide se mande un comisionado al Páramo del Puracé a explorar las bocas y se comisiona a D. Domingo

Pérez de Valencia para que, pasando en el día a Puracé, y asociado con el cura y parte del pueblo, suban al páramo a explorar sus bocas y que se hagan abrir y limpiar, haciendo al mismo tiempo sus observaciones y dando cuenta de todo.

El 18 de noviembre de 1827 volvió el Puracé a entrar en actividad, y según Hoff esto tuvo lugar "después del terremoto del 16 de noviembre de 1827".

Según Mosquera "entre las cabeceras de los ríos Fragua y Suaza está el volcán que en noviembre de 1827 hizo explosión y había causado el terremoto del 16 aquel mes" (117, p. 237).

Según las posiciones astronómicas dadas, no fue el volcán Puracé, sino el volcán de la Fragua, el que hizo explosión.

En el año de 1831 Juan Bautista Boussingault estableció un observatorio a una altura de 4.351 metros, para analizar los vapores de las bocas viejas, que los indios llamaban el Azufral del Frailejón:

"Hay muchos puntos situados bajo el límite inferior de la nieve de donde sale humo denso. El suelo que pisábamos estaba caliente, y escuchábamos bajo la tierra un ruido que indicaba una grande masa de agua hirviendo. De una abertura que tendría cerca de doce pulgadas de diámetro, salía impetuosamente una corriente de vapor que hizo subir el termómetro a 86°5, que es con corta diferencia, el grado de ebullición del agua bajo la presión de 459 milímetros que corresponde a la altura del Boquerón" (39, p. 70).

Tomás Cipriano de Mosquera relata así, como testigo ocular, otra erupción de 1835:

"El 23 de enero de 1835 nos encontrábamos en la alta mesa de Paletará, entre los volcanes de Puracé y Sotará, cuando comenzamos a oír una detonación como salvas de artillería hacia el occidente. Media hora después que se habían empezado a oír las detonaciones, comenzó a repetirlas el volcán de Puracé, con un intervalo de 20 a 30 segundos. Esta novedad nos hizo creer que un volcán en actividad hacia el occidente

estaba en comunicación interior con el Puracé y el sonido se transmitía, no por las simples reglas de acústica o por las vibraciones del aire, sino con auxilio del fluido electromagnético. Supimos después que en todo el Cauca se habían oído las mismas detonaciones siempre al occidente: también se oyeron en el Tolima y en Pasto" (117, p. 239).

La más formidable erupción del Puracé tuvo lugar en 1849, seguida de una erupción de barro, cenizas y otras sustancias, abriéndose un cráter de 100 metros de diámetro del cual brota, según Eduardo André:

"Constantemente como en el Vesubio una espesa humareda. Las aldeas de Puracé, Tambo, Coconuco y San Isidro, lo propio que la mayor parte de las habitaciones diseminadas por la comarca, quedaron medio sepultadas, y por poco la ciudad de Popayán, aun con distar veintisiete kilómetros del Puracé, sufre la misma suerte que Pompeya en el año 79 de nuestra era" (9, p. 731).

Casi todos los autores citan a Felipe Pérez, el cual la describe así:

"Antes de 1849 tenía el Puracé la figura de una media naranja; pero en aquel año se hundió su elevada cima, causando una espantosa irrupción de lodo i ceniza, materias que siguió vomitando con más o menos abundancia todo aquel año, hasta formarse un cráter de más de 100 metros de diámetro, por el cual despide una enorme columna de humo denso. El estrago que hizo en aquella época con sus continuas emisiones lodosas y de ceniza, desesperó a los habitantes del pueblo indígena de Puracé (que dista por elevación menos de 1 miriámetro del volcán) hasta el punto de abandonar casi el lugar. Destruyéronse las sementeras, i las cenizas no solo alcanzaron hasta Popayán, distante del volcán 2,7 miriámetros, sino hasta el pueblo del Tambo, a los 5, distancia recta" (124, pp. 255-256).

Wilhelm Reiss, en los años de su visita a Colombia, 1868-1876, subió a la cumbre y nos dice:

"En vez de una montaña colosal de nieve encontré un espinazo amplio y recortado de montañas, cuya cumbre principal apenas tendría unos 200 pies de nieve. Humboldt en 1801, y

30 años más tarde Boussingault, visitaron el volcán pero desafortunadamente ninguno de estos viajeros dejó una descripción y mucho menos un esquema del volcán, así que hoy día apenas es posible darse cuenta de los cambios que han tenido lugar... Toda la vegetación desapareció en los años 1849-1852, cubierta por la ceniza arrojada, que alcanzó varios pies de altura" (152, p. 62).

Consta seguramente de otra erupción del Puracé, el 4 de octubre de 1869, o sea 4 meses antes de la visita que hizo A.Stübel.

"Una pequeña erupción el 31 de agosto de 1878 desparramó cenizas finas sobre la ciudad de Popayán y territorios vecinos" (173, p. 141).

Sus erupciones ocasionan la fusión de la nieve, que lo recubre en su estado de reposo, y provoca corrientes de lodo. Según Chevalier:

"El 4 de noviembre de 1899, después de violentas sacudidas que destruyeron una parte de la Villa de Popayán, situada a 16 kilómetros, una lluvia de ceniza y de piedras recubrieron toda la nieve de la cima. Bruscamente, por la fusión, el nivel superior de las nieves descendió y una masa enorme de lodo negro sulfuroso, que contenía bloques de hielo y piedra, descendió por los flancos de la montaña, con una velocidad de varios metros por segundo, arrasándolo todo a su paso" (55, p. 439).

Es tristemente famosa la erupción reciente del 26 de mayo de 1949, en la que perecieron 16 estudiantes de la Universidad de Popayán, que escalaban el cráter.

"Hace quince años que Popayán y el mundo entero se conmovieron ante la tragedia de que fueron víctimas dieciséis jóvenes que, en excursión científica, subieron al volcán Puracé en la mañana del día jueves, 26 de mayo de 1949, para encontrar la más tremenda muerte por calcinación y asfixia en las extensas y desoladas estribaciones del volcán, coloso este que, en ese día efectuó una de las más demoledoras explosiones, lanzando a los vientos y en una grande extensión superficial miles de toneladas de piedras encendidas". (Tomado de "La República", mayo 27, 1964).

Los volcanes de Nariño se elevan como pirámides cupuliformes, truncadas y rotas sobre las sabanas altas del departamento. El volcán Doña Juana (Lat. 1° 31' N. Long. 76° 56' W.) está constituido por rocas andesíticas con horblenda y biotita. Tiene un cráter en forma de un gran anfiteatro de unos 4 kms. de diámetro. Su altura es de 4.250 metros.

Entre las erupciones del Doña Juana se menciona la del 1° de noviembre de 1897, a las 6 a.m., con bramidos y esplendor ígneo, y la del día siguiente por la tarde. Otra que empezó a la una de la madrugada el 6 de septiembre de 1898, duró varios días, con erupción llena de truenos y de resplandores. El 20 de abril de 1899, a las 4 de la tarde, se sintió un fuerte temblor y fluyó lava y ceniza candente hacia La Florida y el Valle de Sucumbíos. Pero la erupción mayor tuvo lugar el 13 de noviembre de 1899, cuando perecieron de 50 a 60 personas quemadas por los bloques y cenizas calientes. A petición mía, el P. Alejandro Ortiz, de Pasto, y testigo de esta tragedia, hizo el siguiente relato, que aún conservo en manuscrito:

“Una erupción del Doña Juana.—Es quizá la más impresionante de mi vida. Contaba apenas ocho años. Mis padres me mandaron —acompañado de un hermano mayor llamado Ezequías— a un sitio denominado el Guarangal.

En el Guarangal teníamos condiscípulos y esperábamos, mi hermano y yo, pasar un día de verdadero esparcimiento. El Guarangal distaría de nuestra casa de cuatro a cinco kilómetros. Como a las 12 m. partimos sumamente alegres; pero apenas llegamos a El Alto (menos de la mitad del camino) alcanzamos a ver que el Doña Juana arrojaba humo en grandes cantidades. De pronto se hizo una columna gigantesca que despedía fuego por todos los flancos. Como éramos pequeños nos pareció aquello entretenido porque semejaba un castillo de fuegos artificiales. Las luces salían como estrellas de distintos colores: amarillo vivo, como el oro; pálido y resplandeciente, como los diamantes y verde como las esmeraldas. Si entonces hubiéramos pensado, habríamos creído que explotaba una mina de piedras preciosas, por acción de la naturaleza. Las luces que salían de la columna recorrían mucha distancia. Muchas se apagaban en el aire, pero otras caían en la tierra ocasionando incendios.

—¿Qué eran esas luces?

—Eran piedras incandescentes, empapadas quizá en azufre u otras sustancias en combustión. Sobre los flancos del volcán caían piedras de muchos quintales que rodaban con estrépito causando los estragos consiguientes por el peso y el fuego. Hasta las proximidades de San José llegaron piedras de media arroba; es decir, hasta cinco leguas del volcán, más o menos.

En medio del impresionante espectáculo avanzábamos sin comprender todo su alcance. Bien pronto empezó a caer una lluvia espesa de ceniza que cubrió el sol y fue sumiéndonos en tinieblas. Apresuramos el paso, porque aún nos faltaba distancia para llegar a la casa de los compañeros; pero ya cerca de la casa ya no se distinguían los objetos: estaba completamente oscuro. Por conocer mucho el camino llegamos a la casa defendiéndonos de la ceniza que caía por montones y del olor asfixiante del azufre. Ya en el alero, percibimos que dentro rezaban el Santísimo Rosario.

Golpeamos...

Una voz, alterada por el miedo, dijo desde adentro:

—Compadre, abra la puerta y cuele.

En otras circunstancias habríamos reído por el castellano antiguo del casero, pero ahora estábamos aterrados, como todos. Abrimos, y a la mortecina luz de una vela pudimos observar que allí había mucha gente completamente aterrada. El Rosario se suspendió para cruzar impresiones. Nosotros aseguramos que fuera estaba totalmente oscuro, no se distinguía objeto alguno, siendo apenas la una de la tarde. Algunos de los allí encerrados pensaban que había llegado el juicio final, porque se veían los relámpagos por las ranuras de las puertas y todo parecía envuelto en un mar de fuego. Menos aterrados nosotros, los desimpresionamos manifestándoles que la oscuridad la causaba la ceniza y los relámpagos eran el fuego que estaba saliendo del volcán y el fuego que había prendido en todas partes con las piedras incandescentes.

Hubo tiempo para rezar largo. Creo que rezamos unos cuatro rosarios con intermedios de pocillos de tinto. Como a las

cinco y media empezó a aclarar de nuevo e inmediatamente regresamos a casa y tuvimos el gusto de encontrar por el camino a mi papá que angustiado nos buscaba.

Consecuencias:

En esta erupción perecieron muchos ganados víctimas de la piedra que en grandes cantidades y tamaños llovía por las dehesas. Un tío nuestro que poseía potreros de ceba en las faldas del volcán perdió como doscientos novillos, sepultados por la lava o muertos por las piedras.

La quebrada de La Resina se contuvo por quince días, al cabo de los cuales rompió el dique y con la gran represa arrasó los sembrados y grandes extensiones de terrenos; en una finca nuestra llamada Los Azules nos hizo una playa de más de un kilómetro, en el río del mismo nombre. Esta misma represa engrosada con el botín que encontraba a su paso se llevó el antiguo puente de Juanambú donde los pastusos contuvieron a Nariño, cuando amenazaba Pasto. (El Precursor tuvo que dar una vuelta por el Tablón de Gómez y después salir por el Pueblo del Monte a entregarse en la montaña de Tasines).

El fuego duró un mes dentro del agua. Se cuenta de un rico que habiendo cargado su dinero en una bestia, al atravesar la quebrada de La Resina, lo perdió con el pobre animal. Otro caso más típico sucedió en esta erupción: una viejecita vivía en las faldas del volcán en una choza de paja. La acompañaba una nieta de pocos años y tenía una vaca, un cerdo y algunas gallinas. Cuando vino la oscuridad se encerró a rezar el Santísimo Rosario y como vio que todo estaba rodeado de fuego se estuvo encomendándose a la Virgen toda la noche. A la mañana siguiente pudo observar que la lava había rodeado la choza y que la vaca con su ternero, el cerdo y las gallinas estaban allí en el alero. La anciana, agradecida de la Santísima Virgen, salió más tarde por encima de la lava ya compacta y se marchó primero a Las Mesas y después a San José, donde se radicó".

Otro relato de un testigo ocular anónimo, de la población de La Cruz, apareció en una publicación de Popayán, en la que afirma que la lluvia de sustancias volcánicas llegó hasta Buga por el norte y hasta Inzá por el oriente. En parte dice: